

un mulo; luego empezó la lectura lanzando sus palabras poquito á poco y por encima de sus hombros, como para hacerlas llegar á Trottle.

He aquí lo que nos leyó mi antiguo galanteador.



CAPÍTULO II

LA BODA DE MANCHESTER



ISTER y mistress Openshaw llegaron un día de Manchester á Londres y se instalaron en la «casa por alquilar».

El nuevo propietario era lo que se llama, en el Lancashire, el «colocador» de los productos de una rica compañía manufacturera, cuyos directores querían extender sus relaciones comerciales y abrir en Londres un almacén de mercancías. Mr. Openshaw estaba comisionado para vigilar la marcha de esta nueva operación, y su cambio de residencia le plugo sobremanera. En primer lugar, deseaba muchísimo conocer Londres, donde no había estado sino de paso; y además deseaba averi-

guar si, como él imaginaba, los habitantes de la capital eran en realidad gente frívola y ligera y en extremo perezosa.

Mr. Openshaw creía que los londinenses solo se ocupaban de modas y de asuntos de alta sociedad, de pasear por el Bond Street y otros sitios del mismo linaje y que su único anhelo estribaba en engañar á las gentes honradas y su ocupación predilecta en manifestar un soberano desprecio hacia los provincianos, entre los cuales él se contaba.

Se mostraba sumamente escandalizado por el largo espacio de tiempo que los comerciantes de la City consagraban á sus negocios; él estaba acostumbrado á las comidas servidas temprano y dispuestas en la intimidad familiar, en casa de sus cofrades de Manchester, y, por consiguiente, á las largas veladas.

A pesar de tales prevenciones, mister Openshaw no llevaba á mal el vivir en Londres; y sin embargo, por nada de este mundo habría confesado á nadie tal debilidad, ni aún á sí propio. Hablaba á sus amigos de su decisión de trasladar el domicilio, como de una orden recibida de un jefe, orden de una orden recibida de un jefe, orden poco risueña, pero convertida en soportable, gracias á un notable aumento de sueldo. Puede decirse resueltamente,

que su paga era tan espléndida, que habría podido perfectamente instalarse en un piso mayor que el elegido; pero quiso dar una lección á los habitantes de Londres, y demostrarles el poco caso que hacía del lujo y de la ostentación.

No obstante, á decir verdad, el interior de su casa estaba amueblado muy confortablemente, y durante todo el invierno, el nuevo inquilino hizo encender lumbre en todas las chimeneas, por templada que fuese la temperatura y por poca necesidad que hubiera de calentar el interior de la casa. Más aún; sus hospitalarias costumbres llegaban á tal punto que, cuando una visita honraba su casa, el visitante no tenía derecho á la salida sin haberse antes sentado á la mesa y comido y bebido abundantemente. Los criados no solamente estaban bien vestidos y cuidados; recibían además excelente alimentación, y eran tratados con gran miramiento, porque su amo desdeñaba esas mil fútiles economías que redundan en perjuicio del confort; y lo que es más, experimentaba grandísimo placer en no introducir mudanza en sus costumbres y acciones, desdeñando las murmuraciones y los chismes del vecindario.

La mujer de Mr. Openshaw era linda,

29061

graciosa y de temperamento suave y complaciente. Rayaba en los treinta y cinco; él había cumplido los cuarenta y dos. Nuestro comerciante era tenaz en sus negocios: hablaba recio y se mostraba terco en toda ocasión. En su cara mitad resplandecían, por el contrario, una gran afabilidad y abnegación completa de la voluntad. Esta pareja perfectamente unida, tenía dos niños ó, para hablar más exactamente, sólo mistress Openshaw podía vanagloriarse de ser madre de ambos ya que el mayor de los niños había nacido de su primer matrimonio con M. Frank Wilson. El segundo hijo nació del segundo matrimonio. El pequeño Edwin que empezaba ya á hablar, era el favorito de su padre: este honrado negociante, deseoso de enseñar á su vástago el puro acento del sajón no corrompido, tenía un vivo empeño en no hablarle sino en el dialecto extravagante del Lancashire.

Mistress Openshaw se llamaba Alicia; se había casado en primeras nupcias con su primo hermano, hijo de un capitán de marina mercante de Liverpool que la había dado hospitalidad, al quedar ella huérfana. Su aspecto exterior era un poco grave; á la edad de dieciseis años, sus mejillas sonrosadas

y su figura esbelta le habían granjeado una merecida reputación de gran belleza. Alicia tenía, con todo, un defecto, el de una suma timidez; por tan recóndito motivo se llegaba á creer estúpida y ridícula. Este defecto le había ocasionado frecuentes reprimendas de su tía, la segunda mujer de su tío carnal. De suerte que cuando su primo Frank Wilson de regreso de un largo viaje á través del Océano se mostró con ella galante en extremo, y luego afectuoso, y al final enamorado, la pobre muchacha no sabía de que suerte manifestarle toda su gratitud.

A decir verdad, ella hubiera preferido que Frank no traspasase los límites del afecto, porque la violencia de su amor llegaba á amedrentarla. La situación doméstica era la siguiente: su tío no quería entrometerse en asuntos del corazón, y la madrastra de Frank tenía un carácter tan voluble que era imposible saber si lo que hoy le agradaba, sería tolerado al día siguiente.

Al fin, esta mujer atrabiliaria se volvió tan exigente y empleó tal rudeza en su trato con Alicia, que la pobre muchacha sólo acertó á seguir con los ojos vendados el único camino que se abría delante de ella para alejarla de la tiranía doméstica. Por ello se casó con su primo. Por otra parte Alicia le amaba

como á nadie en el mundo—excepto á su tío—y además el tío estaba en aquella ocasión ausente, en su barco.

Así, pues, una hermosa mañana huyó lejos del techo avuncular y asistida solamente por la camarera de su tío, que actuó de dama de honor, se casó con Frank Wilson.

He aquí las consecuencias de esta unión clandestina: la madrastra no quiso verles ni recibirles, y despidió acto seguido á Nora, su harto complaciente camarera. En tales circunstancias, Alicia y Frank fueron á vivir en un piso amueblado y tomaron á Nora á su servicio.

Cuando el capitán Wilson hubo regresado, contrariamente á la manera de obrar de su cara mitad, se mostró sumamente afectuoso con su sobrina y su hijo, y pasaba muchas veladas en el nuevo hogar. Allí, al menos, sin que nadie le incomodara, podía fumar tranquilamente su pipa y tomar á sorbos su vaso de grog. Pero, á la verdad, hizo comprender á sus hijos que le era imposible recibirles en su casa sin exponerse á turbar la paz de su interior, porque su mujer les había jurado guerra sin cuartel. No hay que decir que esta inquina les tenía bastante indiferentes.

Lo que más amenazaba la felicidad futura de ambos era el carácter violento

y colérico de Frank Wilson, quien empezó insensiblemente á encontrar que la timidez de su mujer y su carácter poco inclinado á las efusiones sentimentales constituían otros tantos defectos y hasta faltas en el cumplimiento de los deberes conyugales. Empezaba ya á atormentarse y á atormentar á su mujer respecto á todos los acontecimientos imprevistos que podrían acaecer durante el tiempo en que él habría de estar ausente, por su próximo viaje marítimo. Un día fué á ver á su padre y le suplicó que procurase que su mujer pudiera vivir bajo el techo paterno después de su partida: además hizo valer la necesidad de los cuidados que reclamaba el parto de Alicia, que había de acaecer durante la separación.

El capitán Wilson, al principio se hizo el sueco, porque, con muchísima razón, decía temer que en su casa se desarrollara una escena sumamente desagradable; pero al fin se rindió á los deseos de su hijo y le habló del asunto á su mujer.

Frank, antes de sumarcha, pudo tener la satisfacción de ver á Alicia instalada en el cuchitril que ocupaba cuando era soltera, porque mistress Wilson no fué benigna ni sumisa á la voluntad de su marido hasta el punto de dar á su sobrina una de las habitaciones desocu-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

padas de la casa. La peor desdicha fué el despido irremisible de la pobre Nora. Habían tomado otra camarera, y por lo demás, aunque no la tomaran, no habría entrado por segunda vez al servicio de mistress Wilson, cuya confianza había perdido para siempre.

Nora, la pobrecilla, en vez de lamentarse, se puso á consolar á sus amos, asegurándoles para dentro de poco una época dichosa en que tendrían morada propia, donde ella seguramente encontraría albergue para prestarles sus cuidados y ponerse á su servicio.

Una de las últimas ocupaciones de Frank, la víspera del embarque, fué ir con Alicia á ver á Nora, que se había retirado á casa de su anciana madre. Pocas horas después, zarpó el buque que se lo llevaba.

A medida que avanzaba el invierno, el suegro de Alicia se debilitaba y perdía la salud. Alicia ayudaba á su tía á velar y á entretener al enfermo, y á pesar de las tristes preocupaciones de aquel interior, no hay que decir que reinaban en él una paz y sosiego nunca vistos allí en épocas anteriores. Mistress Wilson no era un mal corazón, y le habían amansado el temor de la pérdida inminente de su marido, á quien de veras amaba, y la proximidad del parto de su nuera, que iba á dar á luz una

pobre criatura lejos de los brazos del marido.

Este relajamiento de la severidad de Mistress Wilson, permitió á la pobre Nora prestar sus cuidados á la niña de Alicia apenas vino al mundo, de suerte que llegó á quedarse en la casa para servir al capitán Wilson.

Antes que hubiesen llegado noticias de Frank—había emprendido el viaje á las Indias y á la China,—su padre había muerto. Alicia recordó toda su vida con fruición que el buen señor había tomado á la niña en sus brazos y la había besado y bendecido antes de entregar el alma á Dios. Cuando los papeles del difunto pudieron ser registrados sosegadamente, se descubrió que mister Wilson tenía menos bienes de fortuna de lo que daba á entender su tren.

Además, Wilson había legado toda su fortuna á su mujer y ésta podía disponer libremente de estos bienes, después de la muerte de su marido.

El testamento preocupaba poco á Alicia; Frank era ya el segundo oficial del barco en que navegaba, y al cabo de poco tiempo, después de una ó dos travesías, había de ascender á capitán. El único legado que M. Wilson había hecho á su sobrina consistía en algunos billetes de á cien libras—todos sus

ahorros,— que había depositado en el Banco de Inglaterra, y puesto á su nombre.

Alicia anhelaba vivamente noticias de su marido; no había recibido más que una carta de Frank notificándole haber doblado el cabo de Buena Esperanza; aguardaba la carta en que le anunciase la llegada á las Indias.

Transcurrieron muchas semanas sin que los consignatarios tuvieran noticia alguna del barco. La mujer del capitán estaba intranquila, y la pobre Alicia no podía ocultar su inquietud. Al fin, un día, en que se presentó á la oficina de la Compañía, le dijeron que los armadores del barco habían perdido todas las esperanzas de saber el paradero de la *Betsy Jane*, y que ya empezaban á ocuparse del pago de los seguros.

No cabía duda: jamás volvería á ver á Frank Wilson; pensando en esta separación eterna, Alicia sintió por vez primera amor profundo á su buen primo, su caro amigo, su simpático protector, que jamás podría ya recibir sus besos. Alicia hubiera querido poderle enseñar la niña que días atrás deseaba guardar exclusivamente para sí, locamente avara de sus caricias.

Abismada en su dolor, Alicia lloraba en silencio, con gran escándalo de mis-

tress Wilson, cuyas lamentaciones por la muerte de su hijastro hubieran podido dar á entender que había vivido siempre con él en la unión más perfecta. Mistress Wilson se creía en el deber de prodigar magníficos sollozos y gemidos estrepitosos cada vez que una visita iba á darle el pésame; y comenzaba una interminable serie de reflexiones sobre la triste situación de la pobre viuda sin bienes de fortuna y de la niña huérfana, todo ello con tan extremada unción que parecía complacerse en narrar una historia en realidad más lamentable que la que había tomado como pretexto para pronunciar su discurso.

Los primeros días de la viudez de Alicia Wilson transcurrieron de la manera que acabamos de referir, pero poquito á poco las cosas volvieron á su curso ordinario. Ello no obstante, y por desdicha de Alicia—parecía que esta excelente mujer hubiese de estar condenada á perpétuo quebranto—su pobre rorro empezó á quejarse de dolores desconocidos y andar de mal en peor. Motivaba la misteriosa indisposición del niño, según diagnóstico del médico, un desorden de la médula, que había de afectar gravemente á su salud, aunque sin peligro para su vida. Coincidiendo, varios doctores anunciá-

ronlo así á la atribulada madre. Nadie es capaz de explicar la capacidad de sufrimiento de una madre tan tierna como Alicia; si Nora adivinaba el dolor que su señora sentía en el fondo del corazón, Dios únicamente podía saber la profundidad de este dolor. Tal era su estado que explicándole un día la madrastra de su marido la cruel decepción que acababa de sufrir al enterarse de que la renta de la fortuna que le dejó su marido era tan escasa que apenas le permitía subvenir á sus gastos personales, la pobre viuda no pudo comprender el motivo de las lágrimas de mistress Wilson, porque no le era posible concebir que cualquiera otra cosa que la salud ó la vida pudiera ser causa de dolor. Escuchó las lamentaciones de la anciana señora sin manifestar la más mínima compasión. Mas cuando, el mismo día, después de comer, al poner Alicia la pobre niña enferma en el regazo de la madrastra—al fin y al cabo la anciana sentía afecto por aquel angel de Dios—cuando ésta renovó sus sollozos, lamentándose de no haber consultado al médico, de no haber comprado los remedios necesarios para restituirle más pronto la salud, el buen corazón de Alicia se conmovió profundamente; se acercó á mistress Wilson, la besó, y juró—siguiendo el

ejemplo de Ruth—que, ocurriese lo que quisiera en el porvenir, no querría nunca separarse de ella.

Después de interminables discusiones, se resolvió que mistress Wilson alquilaría un piso en Manchester y lo amueblaría, en parte con los muebles que ella poseía, y en parte con los que compraría con el dinero que restaba de las doscientas libras de Alicia.

Precisamente mistress Wilson era oriunda de Manchester; tuvo un gran placer en volver á su tierra natal; segura estaba, además, de que iba á encontrar allí buenos amigos que no desearían otra cosa que vivir en su casa y pagar á buen precio la pensión. Todo se arregló á pedir de boca. Alicia se encargó de la vigilancia y de las tareas penosas de la casa, mientras Nora—la buena y fiel Nora—se ofreció para la cocina, lavar los platos y todo el servicio, con la única condición de quedarse en la familia.

Esta asociación prosperó. Durante algunos años, los primeros huéspedes de mistress Wilson permanecieron en la casa, y todo anduvo á pedir de boca, excepto la dolencia de la hija de Alicia, cuya deformidad aumentaba diariamente. Nadie es capaz de comprender

el afecto que la madre sentía por la desdichada criaturilla.

No tardó el infortunio en adueñarse de la casa de ambas *mistress Wilson*. Sus pensionistas les abandonaron y nadie vino á reemplazarles. Al cabo de algunos meses, las pobres mujeres se vieron obligadas á cambiar de domicilio, á trasladarse á un piso más reducido; y Alicia, en un arranque de delicadeza muy comprensible, resolvió no constituir por más tiempo una carga para su suegra, é ir en busca de trabajo para subvenir á sus necesidades. Mas, para hallarlo, le precisaba abandonar a la niña; semejante idea hería su corazón como el tañido de la fúnebre campana aviva el dolor de un hijo separado de su madre.

Por fin, un caballero, *Mr. Openshaw*, se fué á vivir á casa de las señoras *Wilson*. Dicho comerciante había inaugurado su carrera en un comercio al por mayor, donde le emplearen en calidad de pequeño mandadero y mozo de despacho. Pero á fuerza de energía y de buena voluntad, pronto ascendió por todos los grados de la gerarquía comercial de *Manchester*, y salvó todos los obstáculos. Había aprovechado todos sus momentos de ocio para instruirse, y aprendido, con suma facilidad gracias á sus especiales aptitudes, el

alemán y el francés; sin contar con que había adquirido una sagacidad maravillosa para los negocios, que se revelaba en todas sus operaciones comerciales.

Gracias á su comprensión de los negocios de la plaza y de toda la extensión del Reino Unido, sabía prever los acontecimientos á su alrededor y en todo el país. Aunque dotado de un espíritu mercantil sutilísimo, sentía la belleza: no podía ver un grupo de flores en sus paseos campestres sin recapacitar de qué manera el presente de *Flora* podría dibujarse avalorando una pieza de ruan estampado.

Mr. Openshaw tampoco descuidaba la política á la cual se había lanzado en cuerpo y alma; debemos hacer constar que á sus ojos todos los que no participaban de sus opiniones eran insensatos y gente despreciable. La vehemencia de sus peroraciones hacían batir en retirada á sus adversarios con mayor prontitud que la fuerza de su lógica. Nuestro personaje tenía algo de yankee en su manera de ser y su teoría era poco más ó menos la contenida en esta máxima:

«Inglaterra es la reina del mundo y *Manchester* le reina de Inglaterra».

Fácilmente puede comprenderse que un hombre de este temperamento no

tuviese tiempo de estar enamorado ó de intentarlo á la edad en que la mayor parte de los jóvenes se consagran á las delicias del galanteo y piensan en casarse. Mr. Openshaw no había podido adquirir aún las condiciones y los medios que requiere el tomar estado; de aquí que, actuando de práctico, hubiese hasta entonces alejado toda idea de contraer matrimonio.

Cuando comenzó á prosperar en sus negocios y á desear enriquecerse, persistió en considerar á la mujer como un obstáculo en la vida.

Mr. Openshaw creía que un hombre razonable había de tener escaso trato con las mujeres.

Cuando vió á Alicia por primera vez, no vino emoción alguna á agitar su pecho. A lo más hubiera podido formular la sensación que experimentó con estas palabras: «Es una viuda bastante guapa», si le hubiesen preguntado algo respecto á ese particular. Lo que le desconcertó desde el primer momento, fué la insinuante suavidad de sus maneras que podía derivar de una languidez inherente á su temperamento, y resultaba antipática á su energía y su actividad.

Poco á poco, tras mucho observar la prontitud y la puntualidad con que todas sus órdenes eran cumplidas y el esmero con que se le servía, cuando

hubo comprendido el encanto de que le llamasen cada mañana exactamente á la misma hora, de encontrar el agua caliente para afeitarse, la estufa encendida, el café preparado siguiendo sus peculiares instrucciones—porque digámoslo de paso, Mr. Openshaw tenía teorías sobre todas las cosas, teorías basadas en la ciencia y á veces muy originales—empezó á decirse, no que Alicia tuviera el más leve mérito, sino que había ido á parar en una casa muy confortable. A partir de este instante, sus costumbres vagabundas respecto al alojamiento, empezaron á abandonarle y se consideró establecido por el resto de sus días en casa de mistress Wilson.

Mr. Openshaw había estado toda su vida demasiado ocupado para imaginar cuáles fueran sus características sentimentales. Ignoraba que en él pudiese existir la más pequeña sombra de ternura, y si hubiese notado la presencia en su seno de este sentimiento se hubiera creído atacado de una grave enfermedad. Pero se dejó invadir por un sentimiento de compasión sin darse cuenta de la gravedad del caso, y la compasión conduce infaliblemente á la ternura.

La desdichada hija de la pobre Alicia, (ora llevada en brazos por una de las tres mujeres de la casa, mientras las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO RYLES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

dos restantes trabajaban, ora entreteniéndose, sin lamentarse, con rosarios benditos, sentada en una silla de la que no podía bajar sin la ayuda de un brazo afectuoso); sus ojos azules, expresivos y penetrantes que daban á su rostro infantil un aire de seriedad insólita á sus años; su voz quejumbrosa que apenas articulaba unas pocas palabras, harto distintas de la charla habitual de un niño; todo había llamado la atención de Mr. Openshaw, sin que se diese la menor cuenta.

Un día—este día en su interior se declaró ridículo por haber obrado como se verá—se levantó de la mesa más pronto que de costumbre para ir á comprar algún juguete de nueva índole que divirtiese á la niña, la cual sabría ya de memoria el número de granos de su eterno rosario. No recordamos cuál fué su compra, pero cuando presentó los paquetes á la enferma criatura—teniendo la precaución de llevarlo á cabo de una manera brusca, cuando nadie lo presenciase—se sintió casi conmovido por la expresión de dicha que se reflejó en el rostro de la niña. Durante toda la tarde, el recuerdo de esta alegría inesperada permaneció fijo en su memoria.

Al anochecer cuando volvió á casa, Mr. Openshaw encontró las zapatillas

sobre la alfombra de la chimenea, y no tardó en darse cuenta que se había tenido el mayor cuidado en no olvidar sus peculiares costumbres en aquel alojamiento modelo. Cuando Alicia hubo vuelto á poner en la bandeja las tazas y la tetera, los «muffins» y los «toasts» permaneció un instante bajo el dintel, sujetando la puerta con una mano. En cuanto á Mr. Openshaw, parecía tener los ojos fijos en su libro, aunque, á decir verdad, no leyese una sola línea. Su mayor deseo era el de ver marchar á Alicia sin que ésta le expresara su reconocimiento.

Alicia sólo pronunció estas palabras:

—Le estoy á usted muy agradecida, Mr. Openshaw.

Y se alejó rápidamente sin que tuviese tiempo de oír las siguientes palabras, pronunciadas de una manera brusca:

—Basta, amiga mía, no hay de qué.

Transcurrió algún tiempo sin que Mr. Openshaw prestara la menor atención á la niña; hizo esfuerzos para endurecer su corazón hasta el punto de desdeñar el rubor infantil, causado por el sentimiento de gratitud de la pobre criatura, que le invadía el rostro cuando por casualidad Mr. Openshaw pasaba delante de él.

Pero, señor, este estado de cosas no podía durar; Mr. Openshaw se dis-

trajo una vez más de su decisión de oponerse á sus buenos sentimientos; y desde aquel momento ya no halló sosiego. La compasión, ese enemigo traidor, se había introducido en su corazón bajo la apariencia de una gran misericordia hacia la desgraciada criatura, y se volvió más peligrosa al trocar-se en tierna solicitud hacia la madre.

Mr. Openshaw notó este cambio en sus sentimientos; quiso combatirlo; mas á pesar de sus esfuerzos, cedió, se acostumbró á él, y en él se deleitó mucho tiempo, antes de que sus labios hubiesen osado expresar la más pequeña palabra de afecto, antes de que sus obras y sus miradas hubiesen descubierto el sentimiento que anidaba en el fondo de su corazón.

Observó atentamente las deferencias nacidas de un alma afectuosa, de la nuera para con la suegra; admiró el afecto que Alicia había inspirado á su criada Nora, ruda campesina cuya tosquedad aumentaron más y más la inmoderada efusión de lágrimas y el peso de los años; pero lo que le causó más impresión, fué el amor de la madre, por su hija. No se comunicaban nunca ó casi nunca, con los desconocidos; mas apenas se hallaban solos, se les oía hablar, cuchichear, arrullar y charlar sin descanso.

Mr. Openshaw extrañó al principio que se entregaran á esa charla desenfrenada; luego, al cabo de algún tiempo, empezó á sentirse molestado porque delante de él guardaban silencio y afectaban una gravedad especial.

Al fin le obsesionó una sola idea: la de proporcionar nuevas diversiones á la pobre niña. Reflexionaba obstinadamente sobre la vida de desolación que amenazaba á la madre, y hartas veces, cuando volvía de su trabajo por la tarde, traía precisamente lo que deseaba Alicia para su hijo, la bagatela que sus escasos recursos no le habían permitido adquirir.

Una vez, una de tantas, le regaló una sillita de ruedas para que la pobre criatura pudiera salir á paseo por las calles, y, durante el verano siguiente, mister Openshaw se deleitó maravillosamente haciéndole dar unas vueltas por el *square* más cercano, sin preocuparse en lo más mínimo de lo que pudieran opinar los amigos de su conducta.

Cierto día de otoño, á la hora del desayuno, dejó su diario á un lado, encima de la mesa, en el momento en que Alicia entraba en su habitación con la bandeja llena de platos humeantes, y le dijo con entonación harto indiferente, como si hablara de la cosa menos grave del mundo:

—¿Tendría usted el menor inconveniente, mistress Frank, en llevar su caballo á la misma cochera del mío?

Alicia tembló de sorpresa.

¿Qué quería significar Mr. Openshaw?

El comerciante había reanudado la lectura de su periódico, como si no debiera recibir ninguna contestación. Creyó Alicia por lo tanto que debía guardar prudentemente silencio y dispuso con mucho sosiego el desayuno en la mesa sin pronunciar una sola palabra.

En el momento en que Mr. Openshaw iba á salir de casa para ir á sus negocios, siguiendo su costumbre abrió bruscamente la puerta de la cocina en la que las tres mujeres y la niña se desayunaban—una cocina modelo, limpia y cuidada con gran esmero—y pronunció estas palabras:

—¿Tendrá usted la amabilidad, mistres Frank,—tal era el nombre que daban los huéspedes á la buena mujer—de pensar en lo que le he dicho á usted esta mañana? Esta tarde me notificará su resolución.

Alicia dió gracias al cielo de que las ocupaciones de su suegra y de Nora hubieran privado á las dos de oír lo que acababa de decirle el comerciante.

Resolvió no pensar en tal proposición durante todo el día, y, naturalmente, el

deseo de olvidarla fué acicate para acordarse de ella á cada instante.

Al atardecer, Nora recibió la orden de llevar el té á Mr. Openshaw, el cual, al ver á la criada en lugar de la señora, casi le dió un empujón diciéndole con voz ruda, impaciente, á la sazón en que empezaba á bajar las escaleras:

—Diga usted á mistress Frank que venga.

Alicia, á quien Nora transmitió estas palabras, se apresuró á presentarse para enterarse del deseo de su huésped.

—Bueno, mistress Frank,—le dijo mister Openshaw—¿cuál es su resolución? No quiero palabras ambiguas ni prolijas, porque tengo que escribir muchísimo esta noche por exigencias del negocio.

—Pero... señor, apenas entiendo el significado de sus palabras—repuso Alicia con cierta turbación.

—¡Diablo! Yo hubiera creído que usted comprendía perfectamente lo que quise decir. Y, sin embargo, usted es la que está al corriente de todo lo ocurrido, y yo no sé una palabra. Vamos, voy á explicarme más claramente esta vez: ¿Quiere usted que sea su marido delante de Dios y de los hombres, y consiente usted en quererme, servirme, honrarme, en una palabra, en hacer lo que debe hacer una mujer honrada?

Si mi proposición le parece razonable, ofreceré á mi vez todo cuanto exijo de usted, y adoptaré á su hija. Me parece que este es un acto que no exige la gente de iglesia y cuyo tenor no está mencionado en ningún libro de oraciones. A usted le consta que soy fiel á mi palabra y que jamás vuelvo atrás lo que prometí una vez. Ea, pues, ¿le parece á usted bien?

Alicia no contestaba y Mr. Openshaw empezó á preparar el té como si lo que acababa de pedir á la pobre mujer le hubiese tenido sin el menor cuidado.

Cuando hubo elaborado la mezcla de agua caliente, ron y azúcar, manifestó cierta impaciencia.

—¿En qué quedamos?—dijo.

—Pero señor, ¿qué plazo me concede para pensarlo?

—Tres minutos—replicó sacando el reloj;—ya ha dejado usted que escaparan dos, suman cinco minutos. Vamos, déjese usted querer, diga usted que sí, déjese usted aquí, cerca de la mesita de té; hablaremos juntos mientras saboreamos el «souchong» mezclado con «imperial». Tengo mucho que hacer después del té.

—Si dice usted que no—y al pronunciar esta palabra Mr. Openshaw hizo un esfuerzo para que pasase inadvertida su emoción,—no me quejaré de su desdén,

no volveré á hablarle de este proyecto. Me limitaré á entregarle una anualidad del alquiler de mi habitación, y mañana por la mañana me marcharé de esta casa. Vamos, ya han transcurrido los tres minutos. ¿Sí ó no?

—¡Dios mío! ¡Hágase lo que le plazca! ¡Ha sido usted tan caritativo con mi pobre Ailsie!

—¡Bueno, bueno! Siéntese aquí; póngase usted con toda comodidad, á mi lado, en este sofá; tomaremos juntos el té. Me gusta comprobar que es usted realmente una mujer de gran corazón, como yo creía.

Una semana después, Alicia Wilson se casaba por segunda vez.

Mr. Openshaw estaba en hartazgo de su posición, y su deseo era sobrado imperioso; necesariamente había de triunfar.

Llegó, pues, á la meta de sus aspiraciones é instaló á mistress Wilson en un piso confortable y le proporcionó una renta suficiente para que no hubiese de pensar en toda su vida en admitir huéspedes.

Alicia pidió como único favor á su marido que amparase á Nora, que en toda ocasión le había dado pruebas de la más perfecta abnegación.

—¡Oh!—le respondió el comerciante—no le acongoje el porvenir de su leal

servienta. Nora cuidará, por ahora, á su suegra y permanecerá á su lado mientras viva; después, cuando mistress Wilson deje este mundo por otro mundo mejor, Nora podrá venir á nuestra casa; ó, si lo prefiriera, le señalaría una renta vitalicia. Ninguno de los que á usted ó á la niña favorecieron con sus bondades habrá perdido el tiempo; á todos recompensaré generosamente. La pobre criatura saldrá también gananciosa del cambio que se operará á su alrededor. Busquémosle una buena niñera, sana y robusta; ante todo una mujer que no le administre fricciones de gelatina de pie de ternera, como hace Nora, echando á perder un magnífico ingrediente más útil para el estómago que para la piel.

La nueva niñera deberá seguir las prescripciones de nuestro médico, contra el cual, reconózcalo, Nora se subleva hoy, bajo el pretexto ridículo de que los remedios dañan á la pobre Alicia. Confieso que no me inspiran gran compasión las personas que no no conozco; pues aun siendo fuerte y robusto, y capaz de soportar un grave mal sin ajararme en lo más mínimo, no podría permanecer por mucho tiempo en un hospital ni asistir á una operación quirúrgica sin sufrir náuseas como la niña más débil y de-

licada. Y sin embargo, si fuese preciso, cuando la pobre chiquitina estropeada llora y se lamenta, pondrías de buena gana sobre mis rodillas, y le daría fricciones yo mismo, si esto hubiese de aliviarla, y especialmente enderezarle la espalda. ¡Vamos, vamos! no me mire usted con lágrimas en los ojos. Reserve las lágrimas para ocasión más grave. Nora, pues, como iba diciendo, con el pretexto de no causar el menor sufrimiento á la pobre niña, no seguiría ninguna de las prescripciones del doctor. Opino que debemos entregarnos, por espacio de uno ó dos años á experimentos terapéuticos; y, si durante este plazo la pobre anciana se vá de este mundo, Nora volverá con nosotros.

La «pacotilla» de los doctores de Londres, como M. Openshaw se complacía en llamar á los médicos de la Facultad, no logró producir ningún cambio visible en la desviación de la columna vertebral de la infeliz Ailsie. El defecto de la desgraciada niña era incurable; pero su padre—así deseaba M. Openshaw que la niña le llamara, como también había querido que cambiara el nombre de «mamá» que daba á Alicia por el de «madre»—su padre, decimos, gracias á su bondad, á su entereza, á sus maneras afectuosas y

originales, hizo á la pobre niña más confiada y le inspiró una alegría, desusada hasta entonces en su espíritu.

Lo innegable es, que si su columna vertebral no se enderezó, su salud, en cambio, mejoró notablemente, y Alicia, que nunca sonreía, experimentó la dulce satisfacción de ver que su niña había aprendido á reír.

La mujer de M. Openshaw gozaba una ventura que hasta entonces no soñara. Su marido no le exigía la más pequeña demostración afectuosa; y, digámoslo de una vez, tales pruebas de amor le habrían sido desagradables.

Alicia tenía el derecho de quererle, pero le estaba prohibido decirlo en alta voz.

Cuando se casó por primera vez, la exigencia continua de caricias, de palabras lúgidas, de besos apasionados, había sido motivo constante de los reproches del difunto marido, quien se quejaba de la frialdad de su mujer y declaraba que obrando de esta suerte daba claras muestras de amarle menguadamente. Pero esta vez, gracias al buen sentido de Mr. Openshaw, á su buen corazón y á su firme voluntad, todo iba viento en popa.

Los negocios aumentaban de año en año y con tan buen éxito, que al morir

mistress Wilson, el marido de Alicia era ya opulento.

Nora volvió á la casa de Alicia; allí confiaron á sus cuidados el pequeño Edwin, el recién nacido, hermoso niño que prometía andar tan derecho como el padre y la madre y toda la parentela. Nora quedó al cabo instalada en este puesto de confianza, pero el padre le hizo entender, con un sentimiento de orgullo que no podía disimular, y una expresión vivísima, que si una sola vez intentaba excusar con una mentira los defectos del niño, enseñarle majaderías, ó dañar su salud ó su desarrollo físico, la despediría sin contemplaciones de ninguna especie.

Puede comprenderse que desde aquel momento Nora y Mr. Openshaw no mantuvieron las mejores relaciones de simpatía, porque ni uno ni otro reconocían ni apreciaban sus buenas cualidades personales.

Tal era la historia de la familia de Manchester que había venido á Londres á ocupar la casa que preocupaba tan vivamente á mistress Sofonisba ó Sara, como el lector prefiera.

M. Openshaw y su familia llevaban ya un año en esta casa, cuando cierta mañana aquél declaró súbitamente á

su mujer que había resuelto olvidar las diferencias que reinaban en su familia y que para empezar había escrito á su tío y su tía Chadwick rogándoles que vinieran á verle en Londres y se instalaran en su casa. Alicia no conocía á estos parientes de su marido, porque, muchos años antes de haberse casado con M. Openshaw, éste había roto toda relación con ellos. Todo lo que sabía de esa gente era que M. Chadwick vivía en una pequeña población del Lancashire, en donde se dedicaba al comercio. Alicia manifestó la mayor satisfacción por haber cesado estas discordias y con suma satisfacción empezó los preparativos para recibir de una manera digna á mister y mistress Chadwick.

Una mañana, el tío y la tía llegaron. Ver Londres era para ellos tan formidable acontecimiento, que mistress Chadwick había renovado toda su ropa blanca, desde el gorro de dormir hasta las medias. En cuanto á sus vestidos, sus sombreros, sus cintas, sus cuellos bordados, eran en número tan considerable que, aun partiendo al Canadá para vivir en sus estepas, donde no hay tiendas de ninguna especie, hubiera podido prescindir de compras por todo el resto de su vida.

Dos semanas antes de su marcha, había hecho ya sus visitas de despedida á

todas sus relaciones, á las que declaró que el tiempo que restaba le era indispensable para hacer el equipaje. Hubiérase dicho que iba á contraer un segundo matrimonio, y que renovaba por tan plausible motivo su equipo de pies á cabeza.

Como para dar más peso á la comparación que acabamos de hacer, diremos que Mr. Chadwick, el día último de mercado que precedió al de la marcha, regaló á su mujer un magnífico broche de perlas y amatistas, labrado en Manchester, y le dirigió estas pomposas palabras:

—Cuando en Londres vean esta joya, podrán comprender que en la gente de Manchester anida el sentimiento de lo bello.

Pasó algún tiempo desde la llegada de M. y de mistress Chadwick á casa de sus sobrinos, hasta que la tía tuvo ocasión de lucir esta joya. Al fin, habiendo obtenido los apreciables provincianos permiso para visitar el palacio de Buckingham, pareció cosa conveniente á los leales ingleses ataviarse con sus más ricos vestidos para visitar la morada de su soberana. Mistress Chadwick estrenó pues el soberbio broche. De vuelta de la real excursión, la señora cambió de vestido, porque Mr. Openshaw había propuesto á sus parientes ir á tomar el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1920 MONTERREY, MEXICO

té á Richmond y volver á Londres de noche á la luz de la luna.

No hay que decir que los parientes aceptaron la invitación del sobrino, y á las cinco de la tarde mister y mistress Openshaw seguidos de mister y mistress Chadwick, salían para el viaje de recreo.

La camarera y la cocinera fueron á descansar á la parte baja de la casa sin que Nora supiera en que ocupaban el tiempo; porque la buena mujer no abandonaba jamás la habitación de los niños que tenía orden de vigilar, y además era menester apaciguar á la pequeña Ailsie que no cesaba de gritar sino en el momento en que se dormía.

Al cabo de algún tiempo la camarera Betsy llamó débilmente á la puerta. Nora fué á abrir y las dos mujeres hablaron en voz baja.

—Ama, abajo hay una persona que desea verla á usted.

—¿Una persona que desea verme, dice usted? ¿Quién es?

—Un *gentleman*.

—¿Un *gentleman*? ¿Qué ocurrencia!

—Sí; un hombre, si le parece mejor: tiene grandes deseos de hablar con usted. Ha llamado á la puerta principal y se ha introducido en el comedor.

—No debía haberle permitido que en-

trara en ausencia de los amos,—exclamó Nora.

—Me he opuesto á que entrase, pero cuando supo que usted vivía aquí, ha pasado adelante, se ha metido en el comedor y se ha sentado en la primera silla que encontró. «Dígale usted que venga un momento» exclamaba. Y á propósito, no hemos encendido el gas y la cena está en la mesa.

—¡Dios mío! debe de ser un ladrón; va á escaparse con los cubiertos—gritó Nora exagerando los temores de la camarera; y esto diciendo, se dispuso á salir de la habitación, no sin haber antes posado los ojos en la cuna de Ailsie que dormía profundamente y parecía muy tranquila.

Nora bajó la escalera presa de una congoja inexplicable. Antes de entrar en el comedor, encendió una vela y poniendo la mano detrás de la llama para ver mejor á distancia, buscó en la penumbra al que la había hecho llamar.

El recién llegado permanecía de pie junto á la mesa, y en ella apoyaba una mano. Nora le miró y él miró á Nora: luego, poco á poco, ambos se dieron cuenta de que se conocían.

—¿Es usted la llamada Nora?—preguntó al fin el forastero.

—Sí... pero ¿quién es usted?—respon-

dió ésta con un acento que revelaba su alarma y sus presentimientos. No le conozco—añadió, como si quisiera ahuyentar con estas palabras maquinales la terrible realidad que surgía ante sus ojos.

—¿Tanto he cambiado?—dijo él en tono patético.—Sí, bien lo veo, debo de estar desconocido. Vamos Nora, por Dios, contésteme usted—y al pronunciar estas palabras exhaló un profundo suspiro.—¿Dónde está mi mujer? ¡Alicia, Alicia! ¿vive todavía?

El interlocutor del ama se acercó á ella y quiso tomarle la mano; pero Nora se alejó bruscamente, siempre con los ojos horriblemente dilatados, fijos en aquel hombre, como si hubiera sido un espectro y no una criatura humana. No obstante, el que estaba en su presencia era un buen mozo, por más que su rostro estuviera bronceado y sus facciones sumamente adelgazadas. Una larga barba y frondosos bigotes le daban aspecto de extranjero; y por lo que toca á sus ojos, no había lugar á engaño, eran los mismos que ella había visto y contemplado tantas veces, hacía apenas media hora, antes que el sueño cerrara los párpados de Ailsie: sí, eran los mismos ojos de la pobre niña.

—Hábleme usted, Nora. Soportaré el golpe que me espera. ¡Ay! desde largo

tiempo tengo el presentimiento... ¿Ha muerto?

Nora continuaba callada.

—¿Ha muerto?—repitió el extranjero, que espiaba el movimiento de los labios del ama, como si de lo que ésta iba á decir dependiese su vida ó su muerte.

—¿Qué hacer?—murmuró Nora.—¡Ah, señor, ¿por qué ha vuelto usted? ¿cómo ha llegado á descubrir mi paradero? ¡Le habíamos creído á usted muerto! ¡Oh, sí! puede usted creerlo; pensamos que había usted naufragado.

Nora hablaba de esta suerte, encargándose á la vez de preguntas y respuestas; todo ello para ganar tiempo, como si de ganarlo pudiese sacar algún partido.

—Nora, contésteme usted categóricamente: sí ó no, ¿ha muerto mi mujer?

—No—replicó el ama de una manera solemne, aunque con voz ininteligible.

—¡Oh! ¡Gracias, Dios mío! ¿Ha recibido mis cartas? Quizá usted no lo sabe. Pero oiga, ¿no vive usted ya con Alicia? ¿Dónde está? ¡Por piedad, Nora! no me torture usted; espero su respuesta con impaciencia.

—Señor Frank—replicó al fin Nora, que temblaba de miedo ante la posibilidad de que llegara su señora de un momento á otro, pues preveía la escena que se desarrollaría. (La desgra-

ciada no sabía qué partido tomar ni qué palabras añadir: y sin embargo era preciso decidirse: semejante situación no podía prolongarse).— Señor Frank, no hemos recibido jamás noticias de usted y los armadores de su barco nos aseguraron que había naufragado usted con todos los pasajeros. Le creían á usted muerto; dijeron que se había ahogado. Puede usted imaginar cuánto ha debido de sufrir la pobre mistress Alicia, al verse sola con la niña. ¡Ah, señor! ¡adivine, adivine usted lo acontecido! —exclamó la pobre Nora sin acertar contener las lágrimas.— ¡Ay! yo no acierto á decírselo. ¡Nadie tiene la culpa! ¡Dios nos asista á todos esta noche!

Nora, al decir estas palabras, se había dejado caer en una silla: temblaba de pies á cabeza y no pudo permanecer de pié por más tiempo... Mr. Frank la cogió una mano que estrechó con violencia, como si esta presión pudiese forzar á la sirvienta á decir cuanto sabía.

— ¡Nora!—dijo con voz serena, permaneciendo inmóvil como una estatua de la Desesperación.— Alicia se ha vuelto á casar ¿verdad?

Nora le respondió afirmativamente inclinando la cabeza. Como herido por el rayo, el desgraciado aflojó su mano y rodó al suelo sin sentido.

Había un frasco de aguardiente encima de la mesa. Nora puso algunas gotas en una copa y la llevó á los labios de M. Frank. Le golpeó las manos, y cuando el infortunado recobró el uso de sus sentidos, no vuelta aun toda claridad á su mente, sin recuerdo todavía de que le hubiesen dado la atroz nueva, Nora levantó su cabeza y la puso sobre sus rodillas. Luego, tomando una tostada de la mesa, la mojó en aguardiente y la llevó á su boca.

—¿Dónde está? Dígamelo en seguida —exclamó.

Y al pronunciar estas palabras, sus ojos adquirieron una tosca expresión; parecía tan desesperado, tan fuera de sí, que Nora se creyó en peligro á su lado; pero ya había perdido la posibilidad de azorarse.

Pronto la razón tomó ascendiente sobre Nora; le obligaba á tomar sus medidas la situación crítica en la que se hallaba. Era preciso, costara lo que costara, que Mr. Frank saliera al momento de la casa. Nora se apiadaría de él apenas marchase. Faltaba tiempo para discutir: urgía tomar una resolución, pues era necesario que Mr. Frank no se hallase en la casa en el momento de volver la familia. Esta horrible necesidad surgió amenazadora ante sus ojos.